

# La escritura en la pared

Hernán Lara Zavala

*Las desventuras de una estudiante mexicana en Madrid sirven a Hernán Lara Zavala (El mismo cielo, Después del amor y otros cuentos, Charras), para explorar, en este relato donde las paredes no sólo oyen, sino hablan, escriben y deciden, los conflictos morales de nuestro tiempo y la imposibilidad de que exista un consenso entre nuestras decisiones personales y las de los otros.*

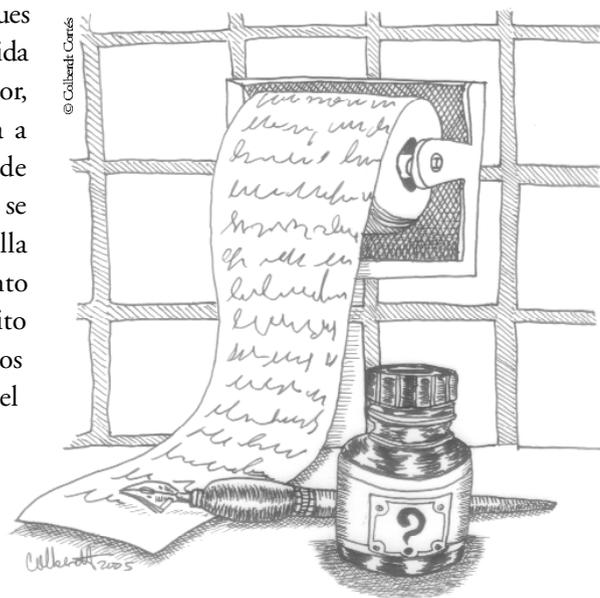
No soy cristiana ni conservadora pero me siento terriblemente atormentada por la duda de abortar o no.

Me rcedes no supo de dónde le salieron los arrestos ni cómo se le ocurrió escribir ese *graffiti* en uno de los gabinetes del baño de la Facultad de Filología en la Universidad Complutense de Madrid en donde estudia, consciente tan sólo de que muchas estudiantes anónimas suelen pergeñar así sus inquietudes. Nunca había leído con calma las frases anónimas de las que de un modo u otro eran sus compañeras de facultad hasta que dio con un poemita que le llamó la atención y que decía más o menos así:

Si pudiera elegir saldría de la bolsa de un canguro  
Ya tengo listo un traje nuevo para mi corazón  
Tejí con hilo verde una alfombra de hojas para  
[tumbarme  
También fabriqué un dado con la palabra “hoy” en  
[cada lado  
Yo no sé contar lo que pasa en la realidad...  
pondré mi mente al sol.

Acostumbrada a que por lo general lo que se plasmaba en los baños siempre le parecía obsceno, grosero o cochino, el poema la había sorprendido, favorablemente, le gustó aunque unos días después encontró la crítica de alguien más severa que ella: No me gusta, todos los versos son bastante malos menos el del canguro.

Acaso haya sido el poemita ése lo que la motivó a atreverse, pues ella misma se sentía como metida en la bolsa de un canguro o, peor, como un canguro que tuviera a alguien adentro con anhelo de salir al mundo, así que cuando se encuentra fuera del baño, ella misma siente su angustia un tanto mitigada al confesarse por escrito en la puerta del gabinete de los servicios de la Facultad, por el solo hecho de haber ventilado su problema en un intento de externar, aunque fuera para el anonimato, su profunda preocupación.





Mercedes había ido a estudiar un año a Madrid aprovechando el intercambio académico que existía con su universidad en México. Se estableció en una casa de huéspedes en Malasaña, cerca de la Gran Vía, y empezó a asistir a clase. Pronto conoció a Vicente, un chico que estudiaba leyes, quien se prendó inmediatamente de ella. Mercedes tenía novio en México, Marco Antonio, con él había establecido el acuerdo de que asumirían su estancia en España como una prueba para ambos y si al volver sus afectos no se habían modificado procederían a casarse. Previo a su salida de México dejó de tomar las pastillas anticonceptivas que acostumbraba porque le afectaban mucho el cutis y ya no tenía razón para cuidarse. Pero el festivo y abierto ambiente de Madrid, la euforia, el baile y los tragos la atraparon y, emulando la libertad de las chicas españolas, empezó a tener relaciones con Vicente que siempre llevaba sus condones, lo cual les evitó problemas los primeros meses. Hasta aquel fatídico fin de semana en que salieron a acampar solos en las afueras de Madrid y una noche estrellada, lejos de la civilización y a falta de más preservativos, luego de haber bebido dos botellas de vino y sin siquiera quitarse la ropa, se corrieron el albur de follar sin protección dado que Mercedes se consideraba en fechas fuera de riesgo. Hacer el amor en el campo, sobre la tierra pelona, en medio de la oscuridad y sin más luz que la de las estrellas hizo que Mercedes soltara su alma y su cuerpo en un viaje hacia el centro de sí misma sin darle importancia a las consecuencias.

A los dos días de atraso Mercedes se hizo pruebas con dos productos diferentes y en ambos casos el resultado fue positivo. No había duda: estaba encinta. Vicente y ella hablaron y él le dijo que lo pensara bien y que la apoyaría en cualquier decisión que tomara, no impor-

taba cuál. Fue entonces que decidió plantear sus dudas en un *graffiti*

Durante el fin de semana experimenta una rara sensación de acercamiento y de intimidad con Vicente. Vuelven a hacer el amor, ya sin necesidad de precauciones, disfrutando como si fueran una pareja de recién casados. La compañía de Vicente le ayuda a sentir cierta seguridad aunque sabe que él ha delegado en ella completamente la responsabilidad de decidir.

—¿No has pensado qué haremos? —pregunta él discretamente.

—Aún no —contesta Mercedes por toda respuesta.

El lunes siguiente, después de la primera hora de clase, siente ganas de ir al baño y elige el mismo gabinete donde escribió su cuestionamiento y se sorprende al darse cuenta de que alguna otra estudiante le ha contestado:

Adelante, ésta es nuestra era, somos libres y te apoyamos pero eso sí ponte un aparato pero ya.

Al leer el consejo siente cierto alivio pero aún así no se decide a tomar una determinación. Mercedes sabe que a sus padres en México no sólo les pesaría sino que se sentirían muy decepcionados si ella les saliera con su “domingo siete” trayéndose un bebé de “Europa”, casada o no. Tampoco quiere forzar a Vicente y a decir verdad no se considera aún lo suficientemente madura como para contraer matrimonio orillada por un descuido durante una noche de locura, error que la haría modificar toda su vida, rehacer sus planes y frustrar sus anhelos. Ni siquiera está segura de si le gustaría casarse con Vicente. Él tiene casi su misma edad y seguramente se empeñaría

en que Mercedes se quedara a vivir en España y debe reconocer que, a veces, le cuesta un poco de trabajo tolerar su brusquedad y falta de tacto e incluso a la familia política que no tiene pelos en la lengua para criticarla. Las costumbres españolas son tan diferentes de las mexicanas. Además, Marco Antonio, con la distancia, parece más enamorado de ella según colige por sus cartas y sus constantes llamadas telefónicas. Pese a todo, acaso por la estrechísima relación de dependencia que ha establecido con Vicente durante su estancia en España, no cuenta con una amiga íntima, fuera del círculo de gente de él, ni con nadie más a quien confiarle sus cuitas; tal vez por ello dejó plasmadas sus dudas en las paredes sin esperar respuesta alguna.

Cada día se le hace eterno y a veces piensa que su cuerpo está cambiando ya, que se está transformando a pasos agigantados, pero casi inmediatamente desecha la idea al considerar que aún no lleva ni siquiera un mes de embarazo. Sin embargo Mercedes se siente diferente en todo como si la hubieran metido en el cuerpo de otra mujer, de un canguro. En clase le cuesta trabajo concentrarse, sufre de inquietud, incomodidad y de vez en vez un calosfrío de angustia le recorren el cuerpo al pensar en su estado actual. El gabinete de los baños del tercer piso de la Facultad de Filología se empieza a convertir para ella en un polo de atracción irresistible y es así que el martes o miércoles vuelve y cuando jala la puerta descubre que su retrete se encuentra ocupado. Decide esperar. Cuando sale de allí una estudiante desconocida, Mercedes descubre una nueva frase que alguien más incluyó debajo de la primera respuesta:

Cuidado con la diferencia entre ser católica o ser cristiana: para ser católica hace falta una iglesia para rezar y una iglesia para que te diga lo que debes hacer mientras que si en verdad te consideras simplemente cristiana nadie tiene que decirte cómo hablar con Dios ni cómo amar. Eres tú quien decide cuándo, cómo y dónde.

Al terminar de leer esa frase se siente reconfortada y más segura y le parece que, ahora sí, por fin, está lista para afrontar una situación tan delicada. Esa noche habla con Vicente:

—Creo que ya he tomado una decisión.

—A ver, dime...

—Tal vez lo mejor sería que... no...

—Me alegra... y comparto tu decisión...

—¿De veras te parece que no haríamos nada malo?

—Mucho más gente de la que imaginas recurra ello...

—Pero no es eso lo que te estoy preguntando. ¿No te parece mal?

—En absoluto, claro que no...

—¿Y conoces a alguien que nos pueda ayudar?

—Un amigo me ha conseguido ya una clínica...

—No será uno de esos lugares sórdidos como los que abundan en las películas...

—Se trata de un lugar serio y seguro...

—¿Cuándo crees que sería conveniente?

—Cuanto antes mejor...

—¿El fin de semana?

—Yo creo que sería más oportuno el viernes, de preferencia por la mañana.

—¿Tú lo arreglas?

—Déjalo en mis manos...

\*\*\*

A los pocos días, con el problema resuelto, quitada de la pena, Mercedes vuelve a entrar al mismo baño y se sorprende al descubrir un nuevo mensaje que alguna otra estudiante escribió, justo al lado del anterior:

Vosotras sí que sois unas putas pringosas. ¿Qué no sabéis que eso del aborto es espeluznante? Una no puede decidir por otra persona. ¿Con qué derecho disponemos de una vida por el solo hecho de llevarla dentro? Y por favor no escribas un nombre sagrado aquí en este lugar, tú: irreverente, casquivana y para colmo inculta.

Mercedes siente una descarga de adrenalina. Se trata ya de un hecho irreversible, pero existe algo de verdad en lo que aquella chica ha escrito. Un par de lágrimas rueda por sus mejillas. Sale del baño, decide no entrar a la siguiente clase y va de inmediato en busca de Vicente que a esas horas debe encontrarse en la Facultad. Lo busca en el salón donde tiene su curso pero no lo en-



cuentra. Camina por los pasillos, se cruza con todo tipo de estudiantes tratando de dar con él, hasta que decide llamar por teléfono para indagar si se encuentra en casa. Tal vez no haya podido venir a la Facultad, a lo mejor se enfermó pero una de sus hermanas la saca de dudas al contestarle que salió desde temprano hacia la universidad. Decide entonces bajar a la cafetería donde por fin lo encuentra bebiendo café con un grupo de amigos. Discretamente se acerca a él y le dice:

—¿Puedo hablar un momentito contigo?

—Claro—contesta poniéndose de pie y llevándola junto a la barra.

—¿Qué quieres tomar?

—Una copa de vino...

—¿A esta hora?

—La necesito...

—Vale. Dame dos copas de vino—ordena Vicente.

—¿Qué sucede?

—¿Tenemos derecho a disponer de una vida sólo por el hecho de haberla concebido nosotros?

—¿A qué viene la pregunta?

—Contéstame por favor.

—¿Hablas de lo nuestro?

—Así es...

—Pensé que ya habíamos resuelto el asunto.

—Es que no es tan fácil como parece.

—Primero dime, ¿por qué la pregunta?

—Alguien me dijo que no tenemos ningún derecho a disponer de la vida de otros, ni siquiera de nuestra propia vida...

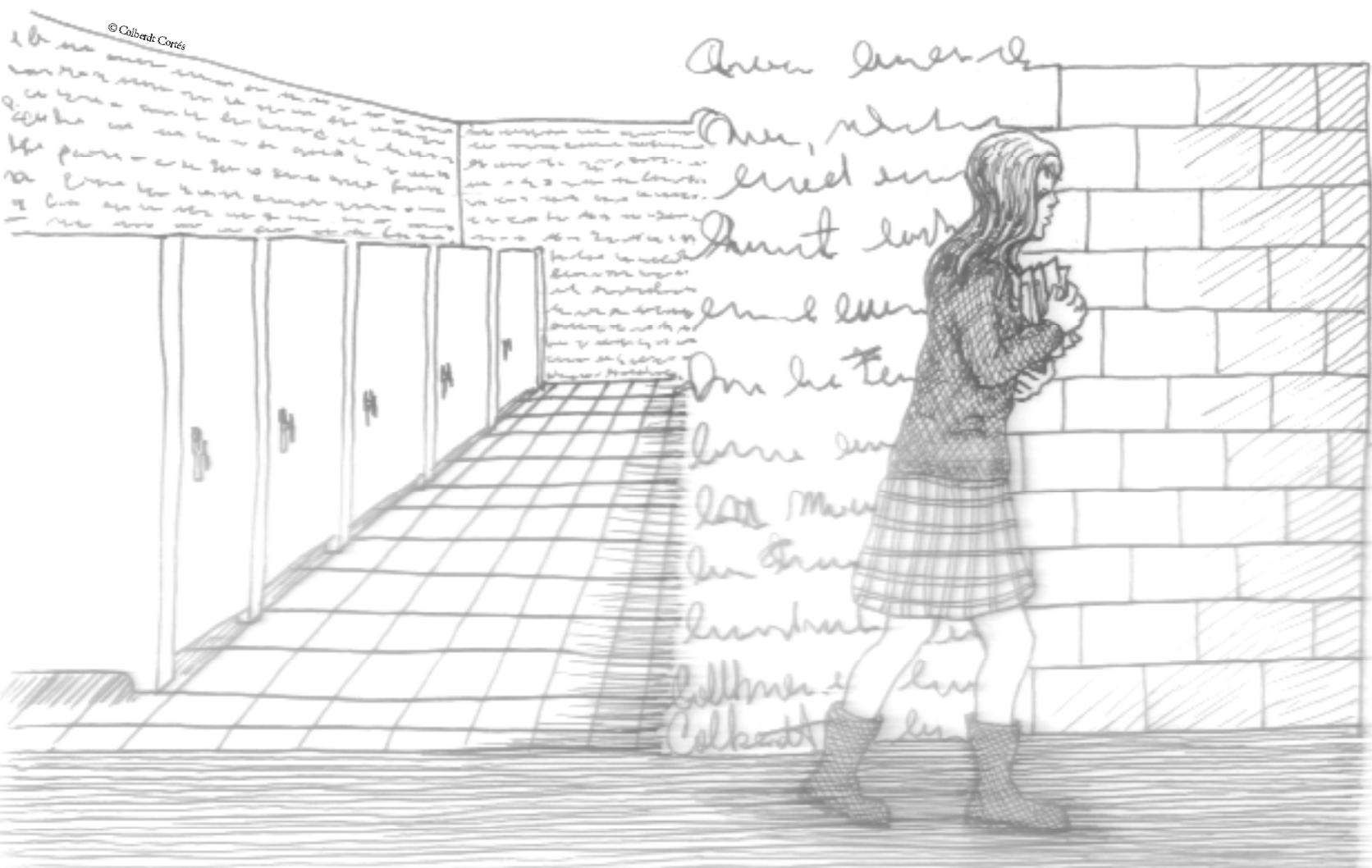
—¿Quién?

—Alguien que no conoces. ¿Piensas que soy una buena cristiana?

—Ah, ya caigo, se te han metido los remordimientos religiosos... Mira, quiero que sepas que yo te amo de verdad pero también debo decirte que considero que aún no ha llegado el momento de que una pareja como tú y yo asuma una responsabilidad tan grande y tan importante como la de parir un chaval y menos en este momento de nuestras vidas. No hemos ni terminado los estudios... No haríamos más que echar a perder nuestro futuro y el del crío. Además, en el momento del embarazo ese ser todavía no era tal, era sólo protoplasma, no constituía una persona propiamente dicha...

—En la escuela me enseñaron otra cosa. Ahí nos decían que a partir de la mismísima concepción todo ser humano poseía ya un alma y se constituía en un ente como cualquier otro...

—No permitas que los prejuicios religiosos influyan sobre nuestra decisión. Por otra parte, se trata de



un hecho consumado... y ha sido lo mejor, vale, ya está...

—¿De veras me quieres?

—¿Acaso lo dudas?

Mercedes lo abraza y empieza a llorar en silencio sobre su hombro.

—Ya, ya, tranquila, estás un poco deprimida y es natural pero cálmate que ya pasará...

\*\*\*

Mercedes logra sosegar un poco aunque no por eso se disipa por completo la duda que la embarga.

Al día siguiente, en cuanto tiene oportunidad, se dirige al retrete del baño para volver a leer el *graffiti* que condenaba su conducta, cuando se da cuenta de que alguien más se ha encargado de responderle a la chica católica:

Mira que para puta pringosa tú. ¿Te has dado cuenta de que un hijo no deseado es la destrucción de dos vidas?

Su confusión se hace más grande aún. Como le dijo el propio Vicente dar a luz a un hijo no deseado podía significar desgracia la vida del padre y de la madre, además de la del hijo pues no había nada peor para echar a perder una vida que el desamor, el desinterés, el arrepentimiento, el rencor o la frustración, de eso sí que estaba segura, de modo que tal vez no había actuado tan mal después de todo. Pero enseguida percibe que alguien más había añadido otra notita con una flecha, pergeñada como de pasada, y que le arrancó una dolorosa sonrisa:

¿Qué, ésa que os dice pringosas nunca se habrá ido de farra?

La frase primero le hace gracia pero después la hunde en una crisis mayor pues no es que le asuste irse de farra, como lo hizo, al contrario, pero tal vez por lo mismo debió tomar las providencias del caso ya que de otro modo todo acto verdaderamente significativo se convierte, por cinismo o por descuido, en un acto irresponsable de total descaro y peor aún de total amoralidad. Antes de salir descubre que alguien más ha añadido algo a los comentarios y lee:

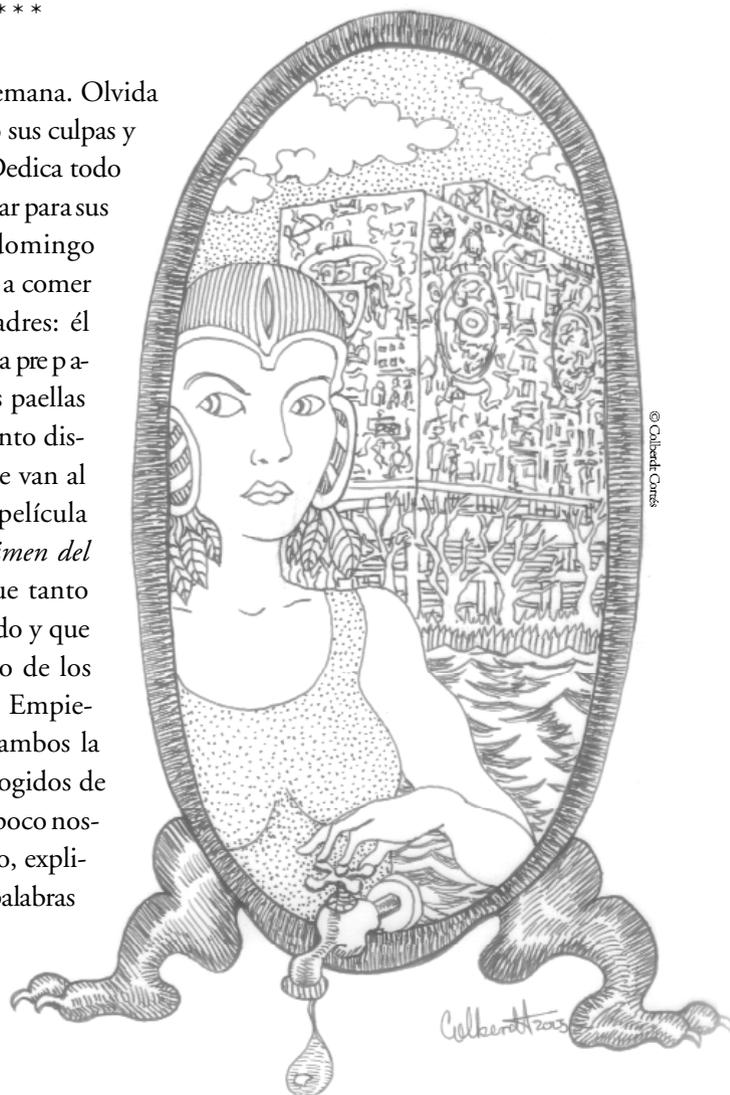
Supongo que lo que tienes es culo en vez de cerebro.

\*\*\*

Llega el fin de semana. Olvida por un buen rato sus culpas y sus problemas. Dedicar todo el sábado a estudiar para sus exámenes. El domingo Vicente la invita a comer a casa de sus padres: él personalmente ha preparado una de esas paellas que Mercedes tanto disfruta. Después se van al cine a ver una película mexicana, *El crimen del Padre Amaro*, que tanto revuelo ha causado y que se exhibe en uno de los cines del centro. Empieza la película y ambos la miran atentos, cogidos de la mano, ella un poco nostálgica de México, explicándole algunas palabras pero mientras avanza la trama ella se empieza a sentir angustiada y cuando llegan cerca de la escena final

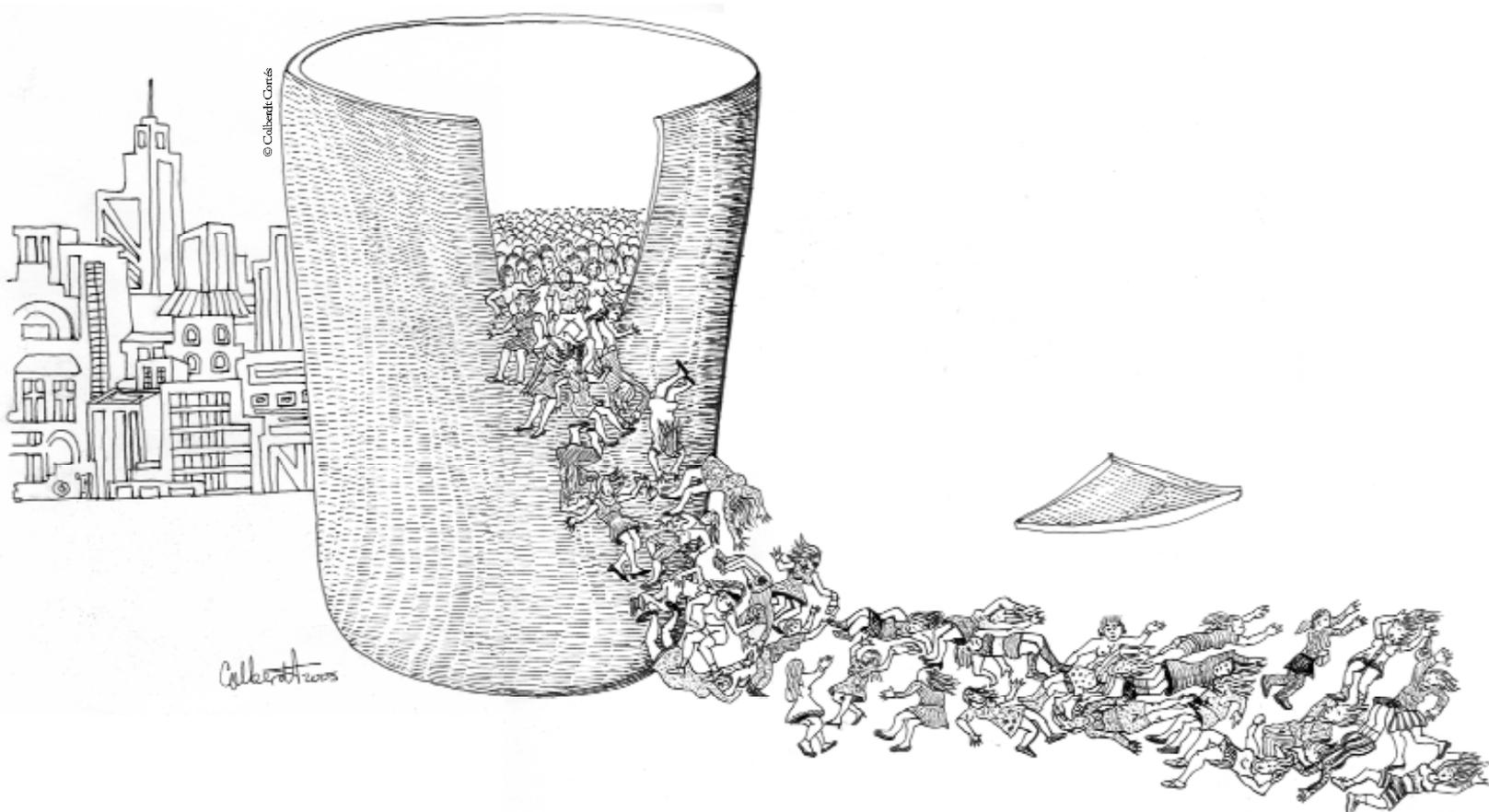
Mercedes sufre una náusea insoportable que la obliga a levantarse de inmediato y salir corriendo al baño. Cuando salen y él le pide que hagan el amor ella rehúsa con asco, pretextando que aún no se encuentra ni física ni psicológicamente preparada. Y es verdad, pues lleva una herida en lo más profundo de sus entrañas, así que le pide a Vicente que la acompañe a su casa para acabar de estudiar pues el lunes tiene que presentar un examen de lingüística.

Después del examen, con el ánimo más sereno por la satisfacción de haber contestado correctamente todas las preguntas, decide volver al gabinete del baño de los *graffiti*. Entra con curiosidad y temor. Primero se sienta en el retrete, orina y observa que alguien más ha intervenido escribiendo la siguiente frase:



© Calkerott 2005

Mercedes siente una descarga de adrenalina. Se trata ya de un hecho irreversible, pero existe algo de verdad en lo que aquella chica ha escrito.



Hay que ser congruente con la vida: abortar es matar.

El texto le pega como un mazo en la cabeza. La frase vuelve a sacudirla pero Mercedes evita llorar a toda costa. Sale del baño casi corriendo y sin rumbo fijo. Baja las escaleras, sale de la Facultad, ve un taxi y se sube sin más pidiéndole que la lleve a su casa. Esa noche habla por teléfono a México con sus padres y se siente un tanto reconfortada por el hecho tan simple de no tener que comunicarles una noticia que para ellos resultaría deplorable. Pasan los días y a propósito evade a toda costa el baño de los *graffiti*, prefiere bajar varios pisos antes de meterse en donde ella había propiciado toda una polémica en torno a su conciencia. No obstante, el viernes antes de salir de la Facultad no resiste la tentación y entra una vez más al famoso retrete donde da con un nuevo texto escrito precisamente como respuesta al último que había leído:

Pregúntaselo a una chica a la que su padre la curte en casa a diario, a ver si eso no es peor.

Lee el mensaje con la suficiente objetividad y distancia como para no confundirse y pensar que lo que ahí dice tiene mucho de cierto pero evidentemente trata un problema diferente al suyo y presenta un argumento con el cual ella no podría justificarse; ni ése era su caso ni tampoco justificaba una violación.

¿Qué es más importante? ¿La vida fácil y frívola que le permite a uno egoístamente seguir tan campante sin pensar en los demás o el respeto a la vida de un ser que uno ha engendrado aun cuando sea de manera involuntaria? Tenía razón quien decía que abortar es matar, eso no podía negarlo, aunque también era cierto que un hijo no deseado podía convertirse en una tragedia peor que la del aborto.

Y entonces no sabe por qué en ese momento le viene a la mente aquel pasaje bíblico en el cual aparecen de pronto unas letras escritas en la pared como si emanaran de la propia mano de Dios. No puede contenerse, saca su bolígrafo y no se le ocurre otra cosa que escribir:

Señoritas de moral dudosa: ¡Tiemblen! [U]

El texto le pega como un mazo en la cabeza. La frase vuelve a sacudirla pero Mercedes evita llorar a toda costa. Sale del baño casi corriendo y sin rumbo fijo.